

IZQUIERDA Y DERECHA

SE están volviendo a emplear cada vez más, en términos de política interior de cada país, los términos de «izquierda» y «derecha». Se había perdido un poco su uso a raíz de la segunda guerra mundial, y quizá como consecuencia, en principio, de la guerra fría. Del mismo modo se habían ido perdiendo —estamos hablando de Occidente, de los occidentales— los conceptos de lucha de clases. De la propia izquierda, de una rama heterodoxa del marxismo, la de Marcuse, comenzó a surgir la idea de la desaparición del proletariado y la busca de la revolución por otras insatisfacciones. La insatisfacción de la civilización represora, la insatisfacción de la técnica. Hasta una revolución, mucho más considerable de lo que se suele admitir, sustituyó viejos valores de la izquierda por otros olvidados, o castigados o réprobos: la revolución de París de 1968, causada por estudiantes y por intelectuales principalmente, y sólo secundada por los obreros y acogida con desconfianza —y hasta con acusaciones y denuncias— por partidos tradicionalmente revolucionarios.

LAS clases sociales habían experimentado en Occidente, a partir de los Estados Unidos, y desigualmente en Europa, una transformación morfológica considerable. La sociedad de consumo que había sucedido a la penuria de la posguerra permitía ver efectivamente una transformación externa del proletariado: en el vestido, en las costumbres, en un cierto despilfarro. La clientela de los partidos revolucionarios comenzó a disminuir. En un primer movimiento de defensa, el partido comunista francés y el italiano —entre otros, los de estos dos son los más significativos, porque son los más fuertes de Occidente— adaptaron la teoría del empobrecimiento colectivo a los datos de su actualidad: si era cierto que las clases desfavorecidas habían progresado en un «bienestar aparente», era más cierto aún que la distancia entre pobres y ricos había aumentado; es decir, que los pobres eran menos pobres, pero en cambio los ricos eran mucho más ricos. En otras palabras: había menos distancia entre un aristócrata y un villano de siglos anteriores que entre un trabajador y un industrial —o un «hombre de negocios»— en la segunda parte del siglo XX. Se transformaron de alguna manera las siempre confusas ideas de alienación: ya consumir, rodearse de bienes de consumo que daban una sensación falsa de libertad, era solamente recibir unas migajas de la técnica, cuyo gran beneficiario era el rico. La noción de la esclavitud del consumo ha ido penetrando profundamente en la mentalidad de las clases inferiorizadas, pero no ha sido suficiente. Hasta ahora, en la historia, no ha habido más motor de la revolución que el hambre. Es decir, algo peor que los riesgos de la revolución misma, algo peor que la muerte violenta. Las revoluciones posteriores a esta noción han sido especialmente cuidadosas: unas revoluciones que querían rehuir el aspecto de la muerte violenta en la barricada o en el paredón de los represores. Fue extremadamente cuidadosa la revolución electoral de Chile, aunque no le valió de nada —la contrarrevolución todavía no ha hecho suya esta tregua de sangre—, lo ha sido y lo sigue siendo la de Portugal, donde, a pesar de las tensiones del momento y de los enormes riesgos que suponen las masas en la calle, como comparecen llamadas por los partidos que se ven privados de poder, sigue habiendo como un convenio tácito de evitar la tragedia. No hubo muertos en la revolución estudiantil de París en 1968.

EL terrorismo que de cuando en cuando reaparece en algunas zonas conflictivas del mundo es, más bien, una exasperación de los que no entienden esa ausencia de revoluciones. El hecho de que se le quiera identificar con el mundo moderno es totalmente erróneo: el terrorismo es muy antiguo y generalmente ha producido los mismos efectos: una retracción de los partidos que reclaman el cambio y un aumento de la represión y de la «razón» de los contrarrevolucionarios. No ha habido ningún régimen derribado por el terrorismo, y aún es posible que algunas revoluciones se hayan retrasado, aunque sólo desde el campo de la especulación se puede imagi-

nar que el trémulo y apasionado terrorismo de los nihilistas rusos retrasó el estallido de la revolución. Aun en países donde la injusticia social es más aguda y las contradicciones de clases más flagrantes, como en muchos de Hispanoamérica, las formas nuevas de revolución —la guerrilla rural, luego la guerrilla urbana— han dado poco resultado en la modificación de las sociedades. Han producido una contrarrevolución más fuerte de la que había antes, como en la Bolivia del «Che» Guevara, como en el Uruguay de los Tupamaros.

EL segundo paso de los partidos revolucionarios ante la ausencia de revoluciones y la inmovilidad política de las clases no privilegiadas fue el de adecuarse a las sociedades nuevas. Citando otra vez al partido comunista francés y al italiano, por su misma razón de número y fuerza, en la última media docena de años han adoptado formas parlamentarias y democráticas, han emitido principios de respeto a la propiedad privada, a la colaboración con las otras fuerzas democráticas. El actual experimento de Italia en sus municipios y regiones es de enorme interés para la observación de ese fenómeno político.

UNA de las cuestiones que había desviado de su apariencia a la lucha de clases era la del consumismo como nueva máquina de explotación por otros medios; otra, la repartición de clases sociales por zonas geográficas del mundo. En realidad, son la misma cuestión. La aceleración científica y técnica que ha servido la sociedad de consumo sólo podía tener su origen en la explotación de fuentes de energía y de materias primas que surgían de países colonizados, aunque la forma visible de la colonización hubiese variado. A las diferencias entre las terceras partes de la Humanidad que pasan hambre y una que tiene abundancia se le han dado toda clase de explicaciones, desde las racistas hasta las climatológicas, pasando por las de cultura y religión («pueblos elegidos» frente a otros que, evidentemente, no lo estaban), cuando la relación es solamente una: los dos tercios que pasan hambre la pasan para que el otro tercio tenga abundancia. Desarrollo y subdesarrollo no son, como se quiere creer y abundantemente se dice, dos fenómenos, sino uno solo, y es un simple engaño pensar que el mundo subdesarrollado va a cambiar mediante ayudas o industrializaciones, mediante impulsos o inversiones: el mundo subdesarrollado sólo puede cambiar en un sentido si el mundo desarrollado cambia en el opuesto.



Las últimas revoluciones han sido especialmente cuidadosas: unas revoluciones que querían rehuir el espectro de la muerte violenta. En Portugal sigue habiendo un convenio tácito de evitar la tragedia. No hubo muertos en la revolución estudiantil de París en 1968.



Las estructuras occidentales han desenmascarado su problema de clases. De nuevo reaparece el proletariado como clase social que sufre más directamente que ninguna otra las contracciones de la economía general.

Se ha ido viendo a lo largo de estos últimos años posteriores a las llamadas independencias y a la «concienciación» de Occidente acerca de sus «hermanos dolientes» que en lugar de aproximarse estas dos formas de vida se distanciaban cada vez más, crecía el «gap», la brecha, como se dice en la jerga técnico-económica de ahora. Otra vez la idea del «empobrecimiento colectivo», pero a escala mucho mayor y mucho más visible.

La reacción de los países productores de energía y de materias primas en los dos últimos años, aun siendo un fenómeno controlado y reverberado —por la carestía en los productos terminados que se entregan a esos países, por la devaluación de las monedas occidentales—, ha producido unas contracciones en la economía general de Occidente: los precios han aumentado con mayor velocidad que los salarios, y el paro obrero aumenta sin cesar. Es decir, que las estructuras occidentales han desenmascarado su problema de clases: de nuevo reaparece el proletariado como clase social que sufre más directamente que ninguna otra. Los ricos quizá hayan prescindido —y no es probable— de uno de sus automóviles, de una de sus residencias secundarias; los pobres están reduciendo su alimentación. En las estadísticas de consumo de muchos países occidentales se está viendo un aumento en el consumo del pan, de patatas, y una disminución paralela en el consumo de carne o azúcar.

La burguesía comienza de nuevo a segmentarse. La zona más vulnerable se radicaliza hacia la izquierda; la que todavía nota más la amenaza que la escasez se radicaliza hacia la derecha. Pide gobiernos fuertes, autoritarios: puede derivar hacia el fascismo, como ya pasó a raíz de la gran escasez del año 1929; cuando la ola del «crack» de Estados Unidos llegó a Europa produjo los fascismos por una parte, los frentes populares de otra.

Estas razones económicas se unen las de un desgaste de ideologías de la guerra fría, que privaron a muchas izquierdas de su nombre y hasta de su función. Nuevamente «se puede» ser de izquierdas, en un sentido de consideración de libertades en la sociedad. Y nuevamente la derecha se fortalece —se atrinchera— ante este crecimiento. Hace unos años nadie quería ser considerado como de derechas (hasta el punto de que Simone de Beauvoir escribió que una de las características del hombre de derechas era la de decir que era de izquierdas), y ahora la calificación se está reivindicando otra vez.

ESTE renacimiento de la contraposición entre izquierda y derecha puede ser indudablemente útil, sobre todo si lo consideramos en comparación con los períodos represivos anteriores. Pero nada indica que no vaya a resolverse, en muchos puntos, de una manera dramática. ■

HELSINKI

Después de la conferencia

El análisis de la conferencia de Helsinki ha continuado durante toda la semana pasada, siendo el tema de mayor interés de los especialistas de cuestiones internacionales y de filosofía y práctica política. En general, nadie se aparta de los puntos no ya fijados, sino prefijados antes de la conferencia; una cierta desolación por parte de los medios de la extrema derecha y de la extrema izquierda. Si «L'Aurore», de París, situado en la extrema derecha europea, lo compara a Yalta, «en peor», el «Diario del Pueblo», de Pekín, lo identifica a Munich y a los acuerdos de Locarno. También, naturalmente, en peor: hay una clara tendencia en los catastrofistas actuales en considerar que lo que sucede en nuestro tiempos es siempre «peor» que lo pasado. Si, para «L'Aurore», Yalta fue un nefasto reparto del mundo —la tesis derechista, que prevaleció durante la guerra fría, es la de que la conferencia de Yalta, en 1945, fue una debilidad de Occidente, que entregó a Stalin un amplio trozo de Europa—, Helsinki ha sido «la consagración solemne y definitiva por el mundo libre de lo conquistado por el comunismo, sin que este renuncie a bloquear sus ganancias», «Diario del Pueblo», evidentemente, no puede acusar al «comunismo», pero sí a la URSS: Munich habría sido la ocasión que se le dio a Hitler de desencadenar la guerra mundial —Munich ha tenido siempre mala prensa en la izquierda: se consideró como una blandura y una concesión de los aliados demócratas al nazismo, aunque la moderna revisión histórica estima que, sin la tregua conseguida en Munich, Gran Bretaña no hubiese podido preparar sus tropas y sus defensas navales y aéreas, y hubiese

sido invadida por Hitler, terminando así la guerra en Europa antes de que pudieran intervenir los Estados Unidos— y Helsinki sería la misma cesión a la URSS, que ha conseguido aquí «sus tres grandes ambiciones: obligar a los países de Occidente a reconocer las fronteras actuales de Europa; consolidar la hegemonía del revisionismo soviético en Europa del Este; dismantelar las fuerzas de la OTAN, haciendo creer en una «detente» ilusoria y erosionando así la influencia de los Estados Unidos en Europa. Es un engaño de punta a punta, una trampa tendida por la URSS, otro Munich». Munich es evocado también por los «gauchistes» de «Liberation», asumiendo la versión china de la cuestión, pero señalando una distancia igual de los Estados Unidos: «Escoger entre el mito americano del mundo libre, del cual los pueblos del mundo han podido estimar los efectos, o la fortaleza militar soviética: elección corneliana, entre la peste y el cólera. El telón ha caído en Helsinki sobre el escenario de este viejo mundo que todos se disputan».

El punto medio podría encontrarse en «Le Monde», cuyo enviado especial a Helsinki, Jean-Claude Guillebaud, titula significativamente su última crónica: «Et si c'était vrai?». ¿Y si fuera verdad? Dentro de los ataques de los extremos, del escepticismo frío de los analistas de Occidente, que conocen bien los milenios de su historia y saben cómo han terminado siempre los grandes acuerdos, del entusiasmo soviético, que parecía concordar con las acusaciones de los enemigos de la URSS, hay esta pequeña lumbre de esperanza: «¿Y si fuera cierto? El mismo pensamiento vagamente increíble ha flotado en ese momento, ▶



Entre la trampa y la esperanza, Helsinki permite toda clase de interpretaciones.